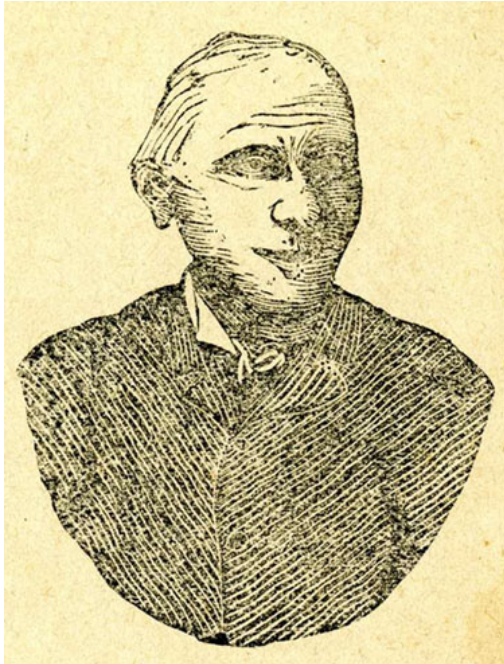


# Romance històrico.



Bernardino Guajardo

Despues de mi testamento,  
Amados lectores, quiero  
Dejaros una memoria,  
O mejor dicho, un recuerdo;  
Quizas por última vez,  
Admitid mi corto obsequio.

Ya el año sesenta i seis  
Escribí una historia en verso,  
De cómo llegué a esta tierra  
Cuando los godos perversos  
Conquistaron la nacion  
I de ella se hicieron dueños.  
En esa historieta dije  
Cómo crecí en este pueblo,  
Hasta llegar a ser hombre  
Malo i bueno entre los buenos.  
Veinte años han trascurrido

Desde esos tristes sucesos,  
I en este largo período  
Vais a saber lo que he hecho.  
Vivir siempre como niño,  
Sin aprovechar el tiempo:  
Muchos me juzgan con plata,  
I al contrario, solo tengo  
Algunas, aunque pequeñas,  
Drogas, trampillas i enredos.  
¿I cuál ha sido la causa?  
Vais, lector mio, a saberlo:  
Yo fui desde mi niñez  
Mui aficionado al juego,  
Vicio que me dominó  
Hasta llegar a ser viejo,  
I nunca pude dejarlo,  
Porque jamas hice empeño.  
Yo pasaba en la carpeta  
A veces el dia entero,  
Perdiendo lo que era mio,  
Por interes de lo ajeno.  
Como fui algo pillastron  
I tuve bastante ingenio,  
Esto era lo que me hacia  
Caer al resumidero.  
Mas viendo que la moderna  
Mil cosas ha descubierto  
Para ganar con ventaja  
A los que no son mui necios,  
Un dia vi i observé,  
Jugando con uno de éstos,  
Que me tenia ganados  
Tres billetitos de a peso;  
Me levanté, i dije: amigo,

Conténtese usted con eso.  
Salí de aquella tertulia  
Imaginando i diciendo:  
¡Válgame el poder de Dios!  
¡Hasta cuándo seré leso!  
I desde aquel mismo instante  
Traté de poner remedio.  
Dejé de jugar al naípe,  
Pero me boté a gallero,  
Labrando siempre mi ruina  
I perdiendo mi dinero,  
Topando los sobornales  
Cuando estaban de ocho a medio.  
Algunas veces ganaba,  
Pero allá por lo tío Diego.  
Esta nueva diversion  
Me hizo llegar al extremo  
De decir que no pagaba  
Un día por un careo,  
Que era malo, pero el juez  
Sentenció de que era bueno.  
Después de reflexionar,  
I conociendo mi yerro,  
Fui a pagar lo que debía;  
Pero llevaba el intento  
De no ver ninguna riña  
I de no apostar ni medio.  
Saqué mi plata i pagué  
A los que estaba debiendo;  
I en el mismo acto salí  
De corazón maldiciendo  
Dichas casas, porque son,  
La verdad pura, un infierno,  
Donde el que pierde maldice,

I solo se oyen reniegos,  
Herejias i otras voces  
Que las deajo en el tintero  
Mas bien, por no publicarlas  
I escandalizar al pueblo.  
Entren por curiosidad  
En una casa de juego,  
I verán lo que conversan  
Niños bastante pequeños,  
I los grandes les celebran  
En lugar de reprenderlos;  
Así es que aquellos muchachos,  
Como digo, tan modernos,  
Perdiendo, solo se aplican  
A hacerse bravos rateros.  
En esto la policia  
Debiera poner remedio;  
Pero qué remedio habrá  
Cuando ya por todo el reino.  
De Chile solo se ven  
Muertes, robos i salteos:  
Han robado en la intendencia  
De nuestro vecino puerto,  
I no se puede saber  
Quiénes los ladrones fueron.  
Ya ven hasta dónde llega  
Elr audaz atrevimiento,  
I nadie puede ignorar  
Cuál será la causa de esto.  
Sea de ello lo que fuere,  
Yo por mi parte protesto  
Detestar todos los vicios  
Que traen males funestos,  
I para arreglar mi vida

Tal como yo lo deseo,  
Voi a poner por testigos  
A niños, mozos i viejos,  
I les encargo tambien  
Que aprovechen mis consejos,  
I vivan de su trabajo,  
Que es lo mas lindo i mas bueno:  
Desde ahora en adelante,  
Yo, con vender mis cuadernos,  
Algo al fin he de juntar  
Que sirva para mi entierro.  
Reconociendo que voi  
Llegando al dia postrero,  
Ya que tan perverso he sido,  
Quiero entrar en arreglo;  
Para esto pido el auxilio  
De la virjen del Carmelo,  
Que es madre de pecadores  
I de los tristes consuelo.  
A vos, señora piadosa,  
Madre del divino Verbo,  
Del Santo Espiritu esposa,  
Oh, hija del Padre Eterno,  
Tú serás mi defensora  
En el tribunal supremo;  
No me desampares, no,  
Por los sagrados misterios  
Del santísimo rosario  
I los santos evangelios,  
I por la pasión i muerte  
De vuestro hijo sempiterno,  
Que en una cruz afrentosa  
Murió por nuestro remedio.  
Oh divino redentor!

Oh mansísimo cordero!  
Oh inmenso mar de bondad!  
Oh rei de tierra i de cielos!  
Del mas grande pecador,  
Que quiere ser de tu gremio,  
Una lágrima es bastante  
Para que le deis el premio  
De la eterna salvacion,  
Segun su arrepentimiento.  
Padre misericordioso,  
Permitid que los incrédulos  
Te alaben i te bendigan  
Como a su Dios verdadero,  
Para que, desengañados,  
Pasen a hacerse tus siervos.  
Tú, señor, que trasformais  
En mansos a los soberbios,  
Dales a saber que sois  
Rei de todos los imperios;  
I de mí no te olvideis,  
Ni del gran pueblo chileno,  
Que profesamos tu fe  
I que solo en tí creemos  
Ya veis lo que está pasando  
I lo que está sucediendo  
Con los que han dejado atras  
A Calvino i a Lutero.  
Dios mio, no permitais  
Que ninguno apostatemos,  
Por no caer al abismo  
Mas horrible i mas tremendo.  
I a vos, queridos hermanos  
Católicos, recomiendo  
Que perseveren constantes

I de este modo seremos  
Bendecidos del Señor,  
I al salir de este destierro,  
Una eternidad de gloria  
[O]s dará el autor supremo.

Ya de todos mis lectores  
Me despido al fin con esto;  
I todos en jeneral,  
Cuando sepan que yo he muerto,  
Por el descanso de mi alma  
Rezarán un padre-nuestro,  
I en pago guardá el retrato  
Del que ha sido i es su maestro.

BERNARDINO GUAJARDO.

Impreso por P. Ramirez.— Echáurren, 6.

Ver lira completa